

Lun
23
Jul
2018

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario

Hoy celebramos: Santa Brígida (23 de Julio)

““...sin mí no pueden hacer nada””

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas 2, 19-20:

Hermanos:

Yo he muerto a la ley por medio de la ley, con el fin de vivir para Dios.

Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí.

Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.

Salmo de hoy

Salmo 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9. 10-11 R/. Bendigo al Señor en todo momento

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegrén. R/.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulte al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. R/.

Contempladlo, y quedareis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El affigid invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R/.

El ángel del Señor acampa en torno quienes lo temen
y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R/.

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que lo temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los qu buscan al Señor no carecen de nada. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 15, 1-8

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento que no da fruto en mí lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden.

Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará.

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».

Reflexión del Evangelio de hoy

Les sugiero que comiencen por ampliar la lectura del texto que la liturgia nos presenta hoy, lean todo el pasaje, así podrán descubrir qué diferencia presenta, y quizás vivenciar del porqué la opción de estos solo dos versículos.

Ahora, vivo creyendo en el Hijo de Dios

En qué pocas palabras Pablo sintetiza lo central del mensaje cristiano y su propia opción de vida. Permitir a la gracia que vaya haciendo espacio en él, en mí, en ti. La salvación para el ser humano viene solo de Dios y pasa a través de la adhesión que la persona hace a Jesucristo y su mensaje. “estoy crucificado con Cristo...vivo creyendo en el Hijo de Dios” afirma el apóstol. Pero, ¿cómo hacer realidad esto? Todos sabemos que por el bautismo fuimos incorporados a Cristo y sin embargo ¡cuántas deserciones o rupturas de la gracia, que mi yo realiza en el transcurso de la vida! ¡Quién no se ha topado con este actuar!

A pesar de esta constatación, nuestro anhelo de llegar a ser “otro Cristo” como decía San Alberto Hurtado va avivándose más cada día. No porque estemos seguros de nuestra fuerza “porque cuando soy débil decía Pablo, entonces es cuando soy fuerte” (2ºCor 12,10,) que es lo mismo que confirmarnos una y otra vez después de nuestras caídas cuando nos hacemos conscientes de nuestra pequeñez, de su gran misericordia y que de nuevo nos llama: te necesito y te basta mi gracia.

Imitar a Cristo! ¿Cómo se hace? No se trata, ni se trabaja como vemos que lo hacen los grandes imitadores en las plazas, en el teatro, en la televisión. Algunos consiguen ser una buena copia de sus modelos. El ser cristiano no es eso. No en hacer lo que Él hizo, sino lo que haría y cómo lo haría si estuviese en mi lugar y en mi época. No se trata de trasplantarnos a una cultura muerta y pasada, tampoco es una reconstrucción histórica de su vida, ya hemos sido salvados, no más salvadores.

Lo que nuestro mundo necesita y nosotros podemos hacer es dejar que la gracia que viene de Cristo se apoderé de mí, la deje actuar en mí y me comprometa, nos comprometamos en la construcción de su Reino. Es como nos dirá el evangelio de hoy, dejar fluir la savia del tronco de la vid=Cristo por todos los sarmientos, así produciremos unos mejores frutos. Les invito a decir y orar con el poema de Sª Teresa de Ávila:

Vivo sin vivir en mí..., Vivo ya fuera de mí, después que muero de amor; porque vivo en el Señor, que me quiso para sí: ...

“...sin mí no pueden hacer nada”

Hoy en el evangelio, Juan nos presenta y anima a crecer y permanecer en la fe en Jesucristo, tomando una imagen agrícola: vid-sarmientos-viñador. Nuestra fe solo nos puede sostener si se sustenta en el Cristo Resucitado. El sarmiento no da fruto separado de la vid, no sirve que la rama esté próxima al tronco, se necesita la unión y con palabras de la 1ª lectura, Pablo no dice: “ya yo no, es Cristo quien vive en mí”

Para dar fruto debemos conocer a fondo la vida de Jesús, hacer opciones de vida que nos lleven a vivir lo más parecido a como Él vivió, (no la imitación, Él es Dios, nosotros criaturas amadas y finitas), dejarnos iluminar por el Espíritu que será quién nos enseñare y nos de fuerzas, energía para vivir en el camino que se nos ofrece, y lleguemos a ser sus testigos.

Las palabras que Jesús nos dirige son palabras consoladoras, de ánimo. Gratuitamente hemos recibido el don de la vida, por eso se compromete a que nunca estaremos solos porque el Padre nos quiere, nos cuida y protege. Eso hace el buen viñador con su viña (Sal 80; Is 5, 2ss)

¿Cómo estoy de cerca o de lejos de Jesús? Contemplen si pueden una vid y todos sus sarmientos... ¿Soy un sarmiento que da fruto o soy el sarmiento que crece, sobresale con solo hojas vistosas?

Para los que están de vacaciones: descansen, repongan fuerzas..., y para todos que la bendición de Dios nos proteja.



Hna. Virgilia León Garrido O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

Santa Brígida

Brígida de Suecia había nacido en Finstad, cerca de Upsala, en el seno de una familia aristocrática y tuvo que casarse a los 14 años, por imposición de su padre con un militar fuerte y elegante, Ulf Gudmarsson, con quien vivió feliz y tuvo ocho hijos, a los que dio una esmerada educación, y entre ellos esta Santa Catalina de Suecia. Además de cuidar de todos ellos, todavía le quedaba tiempo para dedicarse a las obras de caridad con los necesitados en un hospital que había erigido con su marido cerca de su casa, fiel a su espíritu de terciaria franciscana.

En peregrinación a Compostela

Con motivo de sus bodas de plata matrimoniales (1341), Brígida y su esposo Ulf decidieron celebrar esta fecha con toda solemnidad y para ello nada mejor que hacer una peregrinación a Santiago de Compostela (España), peregrinación, por otra parte, no era nada novedosa, pues en la familia constituía una tradición ya adquirida. La iniciaron a principios de junio de 1341, y caminaron de santuario en santuario, visitando cuantos pudieron encontrar en el camino, especialmente los de Renania, los de Provenza y los de España hasta llegar finalmente a Galicia, al sepulcro del apóstol Santiago. [...] Esta peregrinación a Compostela para Santa Brígida tuvo una importancia excepcional, pues marcó un hito en su vida. Ya que, después de esta peregrinación al sepulcro del apóstol Santiago, Brígida decidió dar una respuesta incondicional a la llamada de Dios a la santidad, haciendo voto de castidad junto con su marido con la intención de fundar un convento donde pudieran retirarse y vivir entregados a la oración y a la contemplación. Pero su marido murió en 1344, y entonces, Brígida abandonó su casa, entregó a los pobres todos sus bienes y se fue a vivir cerca del monasterio cisterciense de Alvastra, donde ya se había retirado poco antes su marido y donde había muerto. Allí comenzó a tener revelaciones de Cristo y de la Virgen María, que ella iba escribiendo en sueco y que, luego, sus confesores y consejeros, traducían al latín, cuyo texto ella misma revisaba.

Fundación del Convento de Vadstena

En 1346, comenzó a ocuparse del más íntimo anhelo de sus aspiraciones espirituales: la construcción del convento de Vadstena (Suecia) para 25 hombres y 60 mujeres, un total de 85 personas, que representaban a los 12 apóstoles, a los 72 discípulos y al apóstol San Pablo. Vivirán en edificios separados, por supuesto, pero con una única iglesia para orar juntos, regidos por una misma abadesa, que reflejara la maternidad de la Virgen María y orientados por la regla de San Agustín.

Así y allí nació la orden del Salvador, cuya espiritualidad mariana, que Brígida inculcó a sus hijas, componiendo ella misma himnos y lecturas para recitar en el oficio mariano cada día, tuvo una gran difusión en los siglos siguientes, sobre todo, en el Norte de Europa. Pero como no acababa de recibir el reconocimiento papal para su fundación, la Orden del Salvador, Brígida decidió ir a Roma (1349), aprovechando la convocatoria del jubileo de 1350, hecha por el papa Clemente VI desde Aviñón mediante la bula Unigenitus Dei Filius que se publicó en agosto de 1349. Sólo en 1370, después de muchas correcciones sobre la pobreza común en el monasterio, el papa Urbano V aprobó la Regula Salvatoris, que ella decía que había recibido por revelación, mientras que la aprobación del monasterio mixto sólo llegó, cinco años después de su muerte, en 1378, cuando su hija Catalina era la abadesa del monasterio. Pero estos contratiempos no mermaron en ningún momento su convicción de que estaba realizando la voluntad de Dios ni la esperanza de que su obra saldría adelante, a pesar de los fracasos y de los obstáculos encontrados en el camino.

Las revelaciones de Santa Brígida

Santa Brígida de Suecia se sintió inspirada por Cristo y por la Virgen, que le hablaban y ella, por escrito o de palabra, expresaba lo que le iban diciendo. Después, los confesores y secretarios recogían sus escritos y sus palabras y las traducían del sueco antiguo al latín. De ahí que no sea posible precisar, en este trasiego, hasta qué punto las Revelaciones reproducen con exactitud las palabras inspiradas a la vidente. Es más, dada la índole polémica de muchas de ellas y el contenido puramente teológica de otras, se puede suponer que sus confesores modificaron el texto para limar expresiones demasiado fuertes o para corregir imprecisiones teológicas.

De todas formas, las Revelaciones fueron recogidas en ocho libros (más un noveno en el que se recogen otras revelaciones que no habían sido incorporadas a los primeros) y están divididas en cuatro ciclos: el sueco entre 1344-13/119; el romano entre 1350-1363; el de las peregrinaciones a diversos santuarios de Italia entre 1364-1370, y el de Tierra Santa entre 1372-1373. Entre otras cosas, Brígida, a través de sus Revelaciones, transmite las órdenes recibidas de Dios para remediar las diversas miserias de la vida cortesana y para reformar el estado religioso y el desorden de la Iglesia y deja en ellas una espiritualidad marcada por los acontecimientos políticos y religiosos de su época, que refleja el ardor de un alma que se sabe instrumento en la mano de Dios para realizar una renovación espiritual en la Iglesia de su tiempo.

Además, las Revelaciones reflejan la fuerte personalidad de una santa que, por su carácter dinámico y práctico, supo conjugar perfectamente contemplación y acción, ser Marta y María al mismo tiempo. Y de esta unión le nació la perseverancia y la severidad de su mensaje, que, como trompeta sonora, clamaba pidiendo la «reforma de la cabeza y de los miembros de la Iglesia». que, por otra parte, era el clamor que se había levantado por doquier. Su mística, tan mariana como cristocéntrica, le llevó a la profunda convicción de que sólo los sufrimientos, que Dios le había reservado o significado a través de las vicisitudes exteriores, eran el medio para llevarla a la unión con Dios. Esta comprensión del sufrimiento la presentó de todo sentimentalismo y le ayudó a adquirir un fuerte sentido realista, que determinó todo su dinamismo interior. Las visiones que recibió en éxtasis reflejan también la misma nota personal y realista que se traduce en imágenes naturalistas, a menudo drásticas y altamente dramáticas. En especial sus visiones de Cristo en la Cruz y de la Dolorosa se consideran como obras maestras de la literatura sueca antigua.